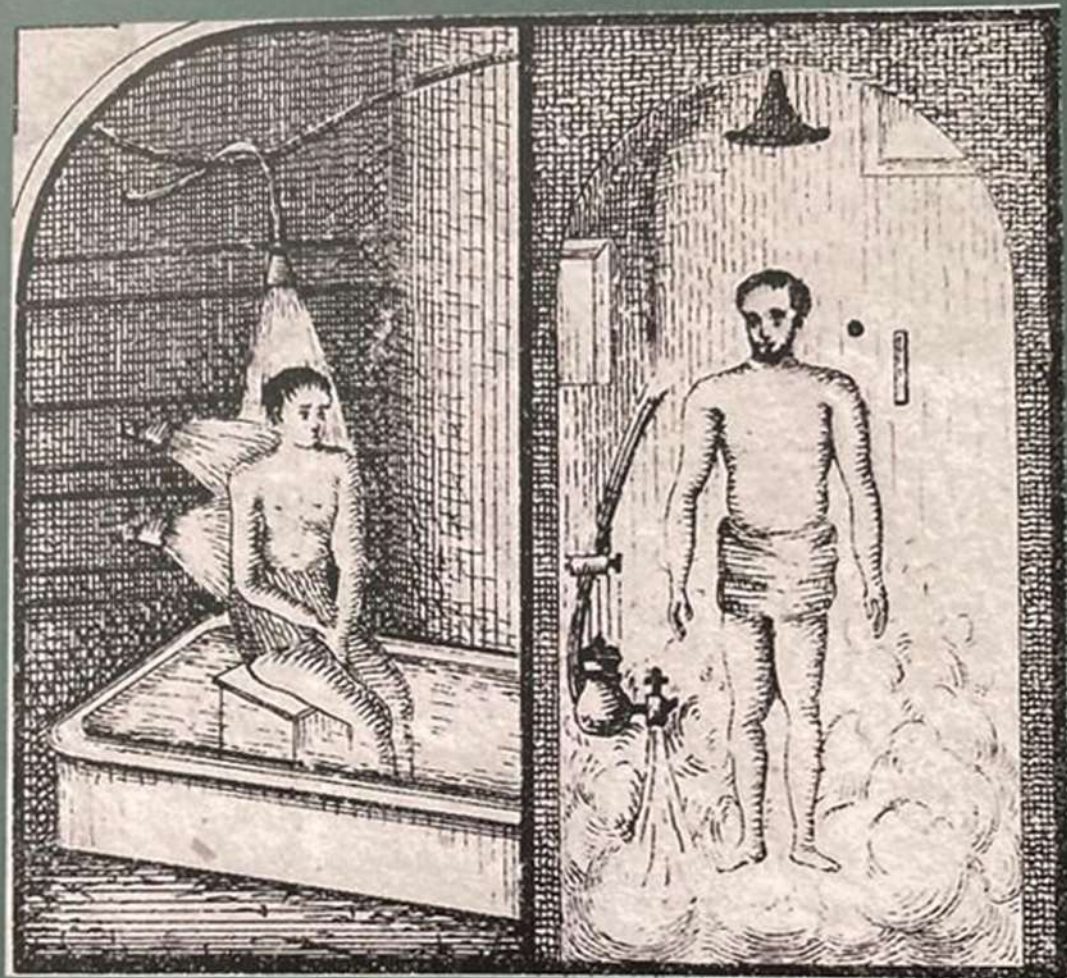


PAPELES DE SEGOVIA

MEMORIA DE SU HISTORIA



DON ANTONINO SANCHO TEJERO Y EL BALNEARIO SEGOVIANO

ALGO MÁS SOBRE JUDÍOS Y CONVERSOS

125 AÑOS DE ESTANCIA DEL ARCHIVO GENERAL
MILITAR EN EL ALCÁZAR DE SEGOVIA

TUMBAS Y TEMPLOS EN EL VALLE DEL ERESMA

MEMORIAS DEL OBISPO DE ALMERÍA EN LA IGLESIA
PARROQUIAL DE HONTORIA (1581-1585)



LIBRERÍA
CERVANTES

PAPELES DE SEGOVIA

Memoria de su Historia

Volumen 4

Tercer trimestre de 2023

Directores de la publicación:

Francisco Javier Mosácula María
José Orcajo de Francisco

Colaboran en este número:

Alfonso de Ceballos-Escalera Gila
Francisco Javier Mosácula María
Diego Quirós Montero
Raúl Martín Vela
Alberto Herreras Díez



RAÚL MARTÍN VELA

Arqueólogo

Director del proyecto Eresma arqueológico

Tumbas y templos en el valle del Eresma

1. Introducción

Desde tiempos inmemoriales los cauces fluviales han sido elementos naturales indispensables para la supervivencia de especies animales y vegetales. Nosotros, hombres y mujeres *sapiens*, el último eslabón de la cadena evolutiva, hemos sido capaces de adaptar nuestras necesidades a diferentes espacios medioambientales, siendo un factor determinante la proximidad a un arroyo o a un manantial. Así pues, en la búsqueda obsesiva por encontrar lugares óptimos para el desarrollo vital de sociedades pretéritas y actuales prima la presencia del agua, por encima de cualquier otra circunstancia. Pero, además de aportar el primordial líquido elemento, los cauces y valles han funcionado como vías de comunicación en sentido

bidireccional a la hora de conectar territorios alejados entre sí. El valle del Eresma fue la puerta de entrada desde la submeseta sur a través de los pasos de Guadarrama en dirección al valle del Duero y, salvado éste, hacia la cornisa cantábrica. Es una de las razones -junto a la abundancia de pastizales, tierras óptimas para el labrantío y una combinación de monte de pino y encina- que explican la abundancia de enclaves arqueológicos localizados en sus proximidades, cuando no directamente dispuestos junto al cauce del río.

Desde el año 2011, el equipo que conforma el Proyecto Eresma Arqueológico, lleva a cabo un proyecto de investigación y difusión en el noroccidente de la provincia de Segovia. El territorio de estudio abarca 219 km², vertebrados por 25 km de tramo del Eresma, donde se localizan los municipios de Navas de Oro, Nava de la Asunción, Bernardos y Armuña. Describe un ecotono en el que transitan dos paisajes bien definidos, como son la campiña segoviana y el extenso mar de pinares segoviano.

Las líneas de investigación de este proyecto se centran en el estudio de la evolución humana desde el Neolítico -crómlech de Cantos Blancos y dolmen de Santa Inés-, pasando por la Edad de los Metales – Peña del Moro y La Curva- hasta llegar a la Segunda Edad del Hierro -*oppidum* del Cerro Tormejón- y la romanización del territorio -villa de Matabuey-. En esta ocasión ahondaremos en dos yacimientos arqueológicos adscritos a un periodo de gran interés para nuestra provincia como es el Neolítico.

Antes de entrar en detalle con las características de los yacimientos precitados, hemos de traer a colación la génesis del poblamiento en tierras del Eresma.

2. En el principio de los tiempos: antes del Neolítico

Las noticias más antiguas referidas a la ocupación de este territorio nos remiten a unos 600.000 años. Por aquellas fechas, se da un tipo de industria lítica muy característica, asociada, entre otras, a la especie *Homo heidelbergensis*, cuyo máximo exponente es el bifaz. Presenta una morfología más o menos triangular y está tallado por ambas caras sobre cantos de cuarcita, plaquetas o grandes lascas.

A lo largo del tramo medio del Eresma se constatan varios hallazgos, entre los que destacan el bifaz de Roda de Eresma (Molinero, 1971) y el conjunto de bifaces y hendedores procedentes de los yacimientos de El Molinillo y El Duermo en Armuña (Álvarez Alonso y Andrés Herrero, 2019).



A estos testimonios hay que añadir una pieza inédita recuperada en Navas de Oro, concretamente en las inmediaciones del yacimiento de La Peña del Moro, un emplazamiento dispuesto junto al río (fig. 1). Se trata del testimonio arqueológico más antiguo referido a la ocupación humana en este sector durante el Paleolítico Inferior.

Fig. 1. Bifaz de Navas de Oro (Segovia)

Sobre la funcionalidad de estas hachas se ha descrito su uso como instrumento de corte para descarnar carcasas de animales, tala de troncos o, incluso, como pico cavador. En cualquier caso, parece que muchas de ellas fueron herramientas de fortuna, es decir, elaboradas en el momento para un uso concreto y, finalizada la operación, abandonadas sin muchas contemplaciones. A fin de cuentas, la materia prima empleada en su fabricación estaba a disposición y en abundancia. Por añadidura, son artefactos que en unas manos acostumbradas al trabajo de talla, como eran las de las gentes paleolíticas, eran relativamente sencillos de elaborar.

Cientos de miles de años después, estas primeras poblaciones de *heidelbergensis* serán reemplazadas por nuevas especies que buscarán al amparo del Eresma su lugar de habitación. Aguas arriba, durante el Paleolítico Medio, contamos con unos importantísimos testimonios que nos ilustran acerca de las formas de vida de los neandertales hace unos 40.000 años. Nos referimos a los yacimientos del Abrigo del Molino, el Abrigo

Superior y el abrigo de San Lázaro. Los resultados de las investigaciones parecen indicar que los últimos neandertales que habitaron el entorno de la ciudad de Segovia utilizaron el valle del Eresma como lugar de paso, sin llegar a establecerse de forma permanente (Álvarez Alonso y Andrés Herrero, 2019).

Se estima que hace unos 40.000 años comienzan a llegar las primeras oleadas de *Homo sapiens* desde África, que irán colonizando el viejo continente suplantando a las últimas poblaciones de neandertales. Estos primeros cazadores-recolectores del Paleolítico Superior traen consigo un espectacular desarrollo del trabajo en piedra, con una tipología mucho más variada y adaptada a nuevas formas de explotar el territorio. De este periodo sobresalen, en la provincia de Segovia, los trabajos acometidos en el abrigo de La Peña de Estebanvela. Identifica un lugar de habitación en el que las presas abatidas fueron transportadas enteras al abrigo para su posterior procesado, ya que se han hallado huesos de fauna de diversas partes de los esqueletos (Municio, 2019: 251). Pero, sin duda, destaca el conjunto de plaquetas de cuarcita y esquisto decoradas con finas líneas esquemáticas y figuras de caballos que configuran un excepcional conjunto de arte mueble de finales del Paleolítico Superior (Cacho y Ripoll, 2007). Y no solo encontramos arte sobre soportes móviles, también contamos con excelentes ejemplos de arte parietal en la Cueva de la Griega, en Pedraza (Corchón *et alii*, 1997).

Cronológicamente, estamos a finales del Paleolítico Superior, en fechas que transitan entre el 17.000 y el 11.000 antes de Cristo. Es en estos momentos cuando los grupos humanos de hombres y mujeres *sapiens* hacen acto de presencia en el territorio terracampino y pinariego del noroccidente de la provincia de Segovia. Aquí vivirán, cazarán y recolectarán para su subsistencia, pero también grabarán excelentes manifestaciones artísticas sobre los lienzos pétreos del Macizo de Santa María.

Como máximo exponente cabe señalar el Cerro de San Isidro, en Domingo García, que es la tercera estación con mayor número de grabados rupestres al aire libre de toda la península ibérica -solo por detrás de Foz Côa en Portugal y Siega Verde en Salamanca-. A principios de los años 70 del siglo pasado se dio a conocer el famoso caballo repiqueteado (Gozalo, 1970). Poco tiempo después, se efectuarán varios estudios de las manifestaciones

(Lucas, 1973; Martín y Moure, 1981) que terminarán por desembocar en un análisis exhaustivo de buena parte del Macizo de Santa María (Ripoll y Municio, 1999), con el objetivo de sacar a la luz el ingente catálogo de arte rupestre presente en estas tierras. En general, la representación de las especies animales se efectúa mediante repiqueteado o con finos trazos realizados, muy posiblemente, con un buril de sílex. Así pues, caballos, bóvidos, caprinos y cérvidos desfilan en las lisas caras de los afloramientos de piedra.

Algunos de los emplazamientos con arte rupestre son bien reconocibles desde la distancia -caso de Domingo García-, aunque otros se sitúan en quebradas y recovecos al pie de arroyos -como ocurre con algunos trazos del arroyo Martiáñez y El Valle, en Bernardos-, o en zonas con amplias cotas de visibilidad del valle del Eresma -el cérvido de Valdecuéllar, también en Bernardos-. En estos últimos casos, pareciera que los grabados se ubican en óptimos apostaderos para la práctica cinegética paleolítica.

En conclusión, este primer estadio cronológico cuenta con una buena representación sobre la presencia de grupos humanos en este tramo del Eresma. Nos están avisando de las bondades de un territorio fértil y próspero que gozará de un gran atractivo de cara al establecimiento definitivo de nuevos asentamientos en los siguientes milenios.

3. La revolución neolítica: campesinos, agricultores y constructores de megalitos

En palabras del eminente arqueólogo Vere Gordon Childe, la “Revolución neolítica” implicó el surgimiento y expansión de nuevas prácticas económicas fundamentadas en la agricultura y ganadería. Estas nuevas estrategias surgen de manera independiente en varios puntos de la geografía mundial, siendo el foco surgido en Próximo Oriente hacia el 8.000 antes de Cristo, el que impactó en toda Europa con la llegada de nuevos pobladores, hasta el punto de que, en torno al 5.000 antes de Cristo, prácticamente toda la península ibérica estaba neolitizada.

En líneas generales, supuso que las comunidades humanas se asentaran de forma más o menos permanente. Implicó el abandono de las formas de vida

protagonizadas por los últimos cazadores-recolectores finiglaciares, en constante movimiento tras el rastro de las especies animales que formaban parte de su dieta. Los nuevos colonos implementaron el desarrollo de una economía basada en una incipiente agricultura y ganadería. La combinación de ambas actividades y la obtención de excedentes permitió la sedentarización de la población. Existe un consenso al admitir que fue en el VI milenio antes de Cristo cuando aparecen los primeros poblados estables en la península ibérica. Estos primitivos aldeanos practicaron un modo de vida apegado al terreno y a sus ciclos reproductivos, que necesariamente conllevó la posesión de una serie de conocimientos vinculados a la época de siembra, recogida de cosechas y al control y cuidado de la cabaña ganadera para su consumo.

La implantación de una economía neolítica en el interior de la península ha sido una cuestión muy debatida desde la década de los años 80. Por entonces, la visión del poblamiento neolítico meseteño se resolvía definiendo este espacio como un desierto, que abarcaba desde el Paleolítico Superior hasta los primeros compases de la Edad de los Metales. Esta visión desértica comienza a tambalearse con el descubrimiento de yacimientos con cronologías neolíticas: el Abrigo de Verdelpino, en Cuenca (Fernández y Moure, 1975), la madrileña Cueva del Aire, en Patones (Fernández-Posse, 1980) o la cueva de La Vaquera, en la provincia de Segovia (Zamora, 1976). La revisión de los inventarios arqueológicos provinciales a finales del pasado siglo, sirvió para constatar la extensión del Neolítico por gran parte de la cuenca del Duero, tanto al sur -sureste de Salamanca y suroeste de Ávila-, como al noroeste – estribaciones de la sierra de Atapuerca, tierras bajas del Arlanza y el Arlanzón-. Esta distribución de yacimientos modificó, definitivamente, el concepto de vacío poblacional de estas tierras, puesto que los datos revelaban la existencia de asentamientos al aire libre en tierras llanas, próximas a ríos y lagunas, que configuran un paisaje óptimo para la práctica de una economía basada en la agricultura y la ganadería.

Con el cambio de siglo, se desarrollan nuevas líneas de investigación en el soriano valle de Ambrona, donde se han excavado los asentamientos al aire libre de La Lámpara (Kunst y Rojo, 1999) y el recinto de fosos de La Revilla (Rojo, Garrido y García, 2019). Otra de las grandes referencias es la burgalesa Cueva del Mirador, en Atapuerca, que ha revelado el uso de esta cavidad durante el Neolítico como lugar de residencia y espacio donde

Tumbas y templos en el valle del Eresma

estabularon al ganado. Los datos extraídos certifican la presencia firme y prolongada de grupos neolíticos en la cueva durante el último tercio del VI milenio antes de Cristo, confirmando la implantación de una economía agropecuaria en la submeseta norte en fechas tempranas (Verges *et alii*, 2008).

En territorio segoviano, será a partir de mediados del V milenio antes de Cristo cuando se constaten los primeros asentamientos neolíticos en cuevas y abrigos (fig. 2). De entre todos estos yacimientos es la cueva de La Vaquera la que aporta datos de gran relevancia respecto a la nueva economía productora y generadora de excedentes. En los niveles de ocupación más antiguos ya se detecta la presencia de granos de cereales, como la cebada, varios tipos de trigos desnudos y trigos vestidos, además de leguminosas y bellotas (Estremera, 2003: 196).

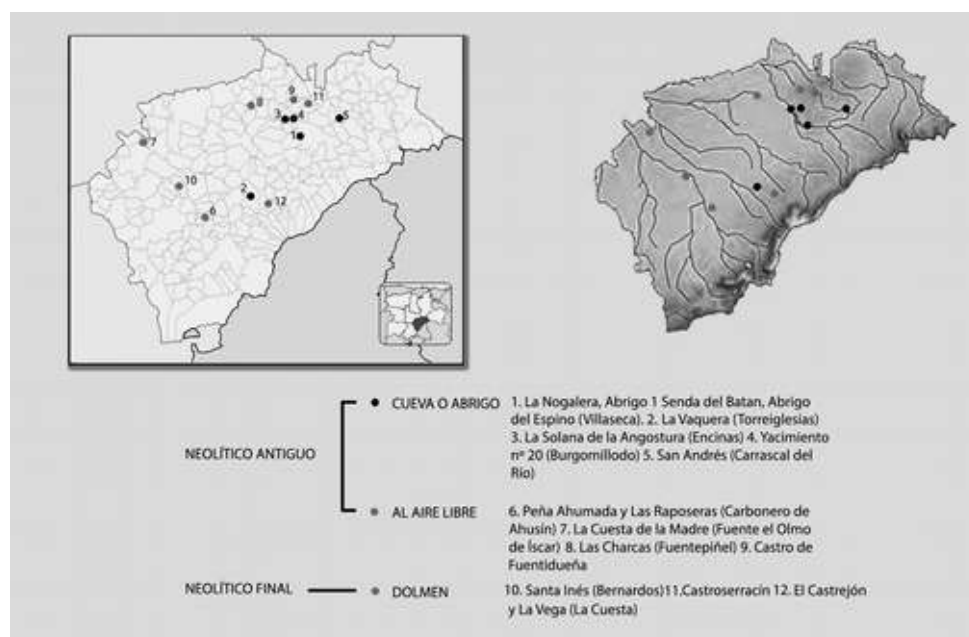


Fig. 2. Yacimientos neolíticos en la provincia de Segovia

Respecto a la cabaña ganadera documentada en La Vaquera, se aprecia una explotación, sobre todo, de ovejas y/o cabras, seguida del cerdo y la vaca en

las últimas fases de ocupación. La irrupción de una cabaña doméstica, estabulada y controlada, no implicó la desaparición de antiguas estrategias cinegéticas centradas en la caza de especies como el ciervo, el jabalí, el uro o la liebre. Un minucioso análisis y lectura de las huellas de descarnado y procesamiento de los huesos indica que el aprovechamiento de los animales salvajes y domésticos fue fundamentalmente cárnico (Estremera, 2003: 197-199).

Este cambio del modelo de subsistencia y de permanencia en el territorio conllevó bastantes novedades, destacando especialmente la aparición de la primera arquitectura megalítica a finales del Neolítico. Nos estamos refiriendo a la construcción de los dólmenes, grandes monumentos funerarios levantados con bloques de piedra. De entre toda la tipología conocida, destaca el modelo meseteño compuesto por una cámara funeraria erigida con grandes ortostatos que dibujan una planta poligonal, a la que se accede a través de un largo pasillo o corredor. Este primer almacén lo recubre, posteriormente, un túmulo circular construido con una coraza de bloques de menor tamaño entremezclados con tierra.

Antes del inicio de los trabajos en este sector del Eresma se conocía la existencia de un par de estructuras tumulares en el término municipal de La Cuesta, a los que se asociaban un lote de materiales arqueológicos propios de este tipo de monumentos (Calleja, 1986). A estas referencias se sumará, poco tiempo después, el dolmen de corredor de Castroserracín (Delibes *et alii*, 1992: 10) y un conjunto de nuevos túmulos en los términos de Navares de las Cuevas, Urueñas y Castrojimeno (Municipio, 2019).

Con estas pocas noticias -téngase en cuenta que solo en la provincia de Burgos se han catalogado más de 300 dólmenes y unos 100 en Salamanca-, en el año 2018 se acomete una primera intervención arqueológica sobre un llamativo túmulo circular presente en la campiña de Bernardos y del que apenas se conocía una escueta reseña (Delibes, 2010: 15). Los primeros resultados revelaron la existencia de un dolmen, cuyo tramo final del corredor estaba protegido por tres lajas de piedra que conducían a una cámara subterránea. Tras la confirmación, restaba darle un nombre acorde con el territorio donde se emplazaba. Así pues, el dolmen de Santa Inés toma su nombre de la ermita románica que se localiza a unos cientos de

Tumbas y templos en el valle del Eresma

metros al sur y que era, hasta el momento, la única construcción en piedra que se mantiene en pie en este sector terracampesino del municipio (fig. 3).

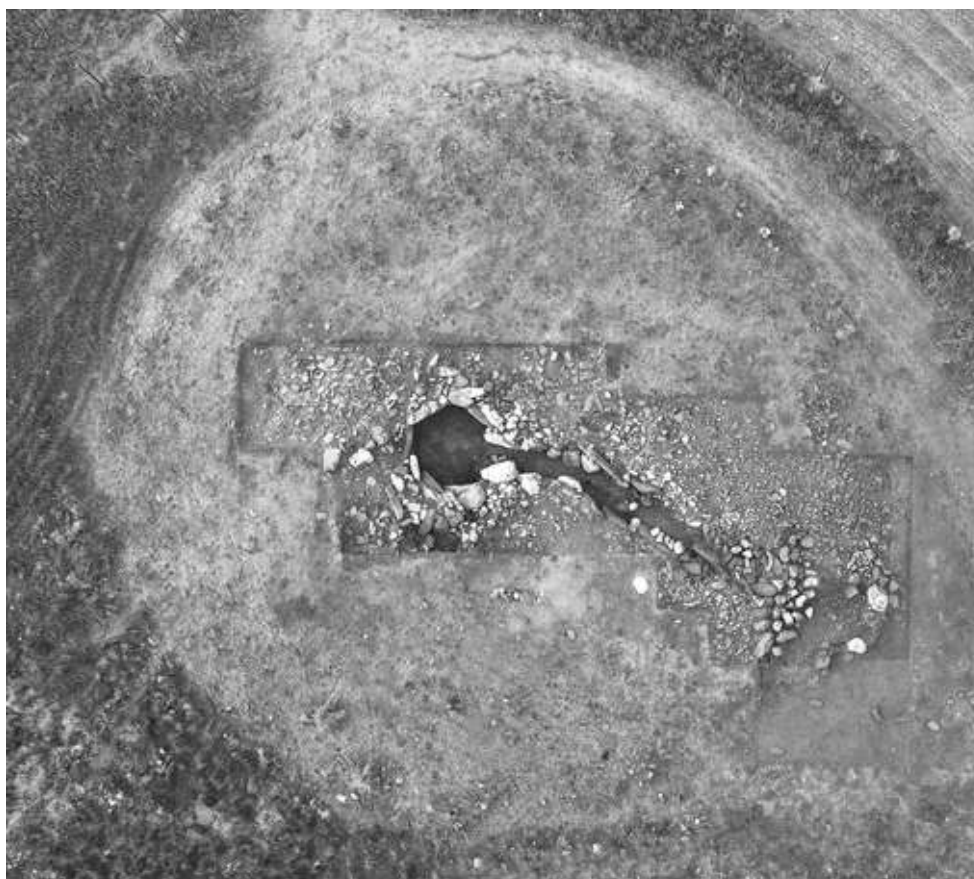


Fig. 3. Dolmen de Santa Inés en Bernardos (Segovia)

Desde entonces, se han acometido cinco campañas arqueológicas sobre un túmulo de más 30 m de diámetro con una superficie de 730 m². Santa Inés cuenta con una cámara delimitada por siete ortostatos que, contando con la línea de la puerta, dibuja un octógono con un diámetro de entre 3,15 y 3 m. Una de las singularidades de nuestro dolmen es el pasillo de 16 m de largo, cuyo trazado muestra un giro en codo hacia la mitad de su recorrido. Casi con toda seguridad que esta modificación responda a una segunda fase constructiva, que conllevó una ruptura de la simetría del túmulo,

reorientando la boca del corredor hacia el SE (Martín Vela, Delibes y Municio, 2021). Esta nueva orientación coincide con el mismo patrón detectado en la mayoría de los sepulcros de corredor de la península ibérica y de buena parte de los europeos (Scarre, 2008; Hoskin, 2001). Parece, por lo tanto, que el pasillo de acceso a la cámara funeraria fue redirigido a la salida del sol en el solsticio de invierno, y también al hito geográfico más señero de la sierra de Guadarrama como es Peñalara.

La iluminación de algunos sectores del dolmen con luz natural es más que evidente en Santa Inés, al igual que en algunos dólmenes burgaleses, en los que se ha comprobado que la embocadura del corredor se dispone exactamente al sol naciente en el solsticio de invierno (Gil Merino *et alii*, 2018). El objetivo era que los primeros rayos solares de finales de otoño y de comienzos del invierno irrumpieran por el corredor haciendo posible la celebración del evento, a final del año, con un espectáculo de luz.

Al hilo de esta cuestión, en su construcción se emplearon grandes bloques de pizarra gris y de cuarzo blanco, propios de la zona y muy abundantes. La disposición de ambos materiales en las zonas más destacadas no fue aleatoria, ni mucho menos casual. Su uso buscó resaltar el monumento en el paisaje colocando bolos de cuarzo blanco en la base del túmulo y muy posiblemente en la coraza exterior.

Ya hemos señalado que el tramo final del corredor que precede a la cripta estaba originalmente cubierto por tres cobijas de pizarra. Esta circunstancia implicaría que dicho espacio quedaría en penumbra, de ahí que el tramo de pasillo que da acceso a la cámara funeraria esté construido, exclusivamente, con bolos de brillante cuarzo blanco. Es muy probable que la elección de esta roca respondiera a un deseo de mejorar la iluminación de la antesala de la cámara aprovechando el reflejo en los antedichos bolos de la luz de una antorcha.

La suma de todos estos detalles denota que los constructores del dolmen de Santa Inés erigieron el monumento bajo un proyecto previamente ponderado, en el que entraron en juego cuestiones como el trazado y posterior corrección del recorrido del corredor hacia la salida del sol. El empleo de diferentes materiales constructivos en función de su color,

finalmente, influiría en la iluminación natural y artificial de un espacio cargado de connotaciones culturales.

En la meseta Norte son bien conocidas ciertas manifestaciones funerarias posteriores al mundo megalítico, lo que los arqueólogos británicos acostumbran a llamar *the afterlife of monuments* (Bradley, 1993: 113-129) y los franceses *les temps des héritiers* (Leclerc, 1999). Las más conocidas son las referidas a los depósitos funerarios de la Edad del Cobre por parte de los grupos humanos que adoptaron un tipo de cerámica de forma acampanada y ornada con una profusa decoración. Se infiere que los túmulos fueron revisitados y reabiertos para acoger tales depósitos muchos siglos después de su abandono como sepulcro colectivo. Dentro de este episodio postmegalítico, en Santa Inés se han encontrado varios fragmentos de cerámica campaniforme de estilo Ciempozuelos, además de otros con decoración CZM -*Corded Zone Maritime*- (Martín Vela, Delibes y Municio, 2021). Por desgracia, su hallazgo en posición secundaria no nos permite ser rotundos sobre su significado concreto, pudiendo únicamente deducir que, quizás, formaron parte de un ajuar funerario similar a los documentados en otros megalitos de la meseta Norte.

Por el momento, las excavaciones arqueológicas no han dado con el osario que debió estar localizado en la cámara. Únicamente conservamos unas esquirlas de hueso y los restos del ajuar que debieron acompañar a los finados, a saber: cuentas de collar labradas en variscita, alguna lámina en sílex, puntas de flecha pedunculadas elaboradas en filita y un hacha pulimentada. La no comparecencia de restos óseos pudiera estar relacionada con el sedimento que los cubría, cuya acidez pudo haber hecho desaparecer cualquier rastro – así ocurre en los dólmenes salmantinos-. Otra hipótesis pudiera obedecer a cuestiones culturales y funcionales, tales como *vidanges* o limpiezas periódicas de los osarios. Se trata de una práctica que ha sido sugerida por J. Leclerc y Cl. Masset (1980) en La Chaussée-Tirancourt, en el Somme, y por Chambon (1995) sobre el osario Berry-au-Bac en Aisne. En el primer caso, se trata de unos restos óseos que subsisten en la tumba después del vaciado. En el segundo, la osamenta se dispone en dos pozos contiguos de una fosa colectiva. Estas remodelaciones del espacio funerario se atestiguan igualmente en otros dólmenes franceses, caso de la Chaussée-Tirancourt y Yermenonville. En este último, las investigaciones apuntan a

que los restos óseos pudieran haber sido introducidos en el interior de un pozo aparentemente excavado a tal efecto (Jagu y Masset, 2016: 27).

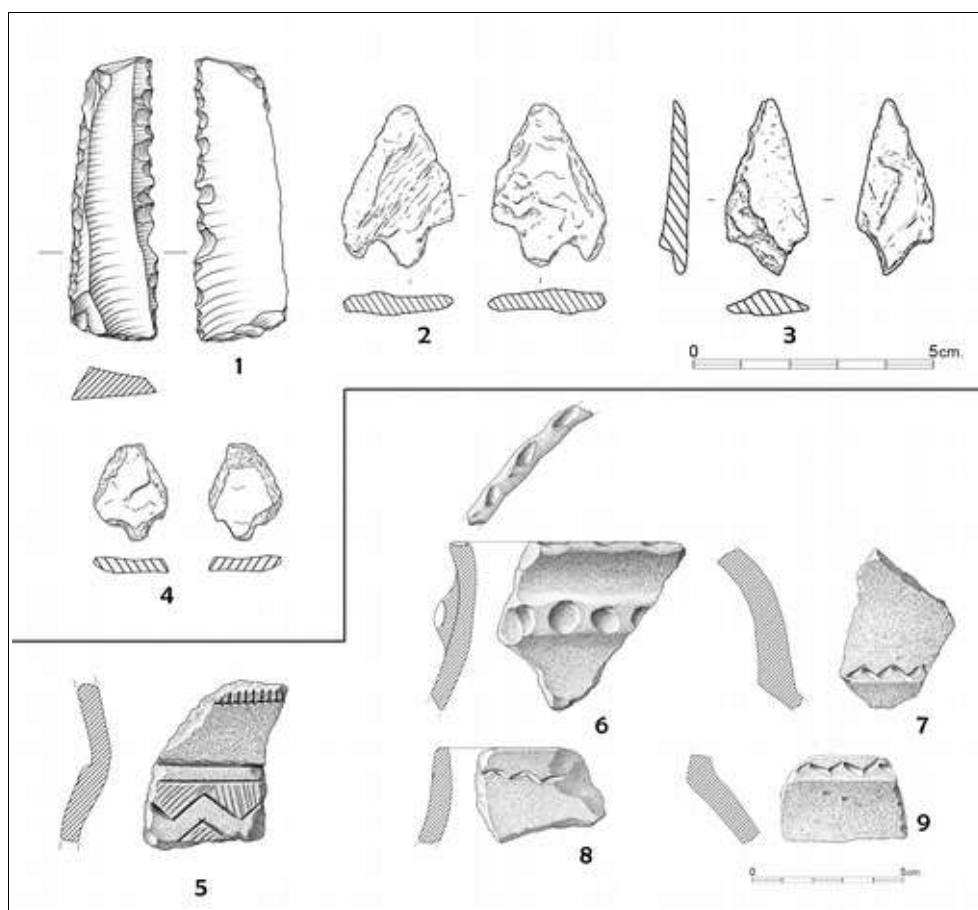


Fig.4. Materiales arqueológicos procedentes del dolmen de Santa Inés: 1. Lámina de sílex. 2-4. Puntas de flecha en pizarra y filita. 5. Fragmento de cerámica campaniforme Ciempozuelos. 6-9. Cerámicas de la plenitud de la Edad del Bronce.

De haber ocurrido así en Santa Inés, es probable que este fenómeno se diera durante la plenitud de la Edad del Bronce. Por aquellas fechas, las gentes de dicho periodo frecuentaron el dolmen llegando a depositar algunas piezas cerámicas en un pequeño nicho excavado junto a uno de los costados de la

cámara. Igualmente, parece que fue por aquel entonces cuando se produce una condena del monumento mediante el cegamiento de la cámara y del corredor con un sello de piedras, quizá precedido de un vaciado del osario, marcando así un punto y aparte en el uso de la sepultura (Martín Vela, Delibes y Municio, 2021). El destino final de la osamenta es una incógnita por resolver. A fecha de hoy, solo hemos excavado el 20 % del yacimiento, por lo que no sería nada extraño encontrarnos con algún tipo de fosa o pozo, en cualquier punto de los más de 700 m² del túmulo de nuestro dolmen, que contengan los restos cadavéricos extraídos de la cripta. Aún sin publicar, tenemos constancia de un hecho muy similar en el pequeño túmulo burgalés del Ondón I, en Villasuso de Mena. Unas intervenciones arqueológicas, realizadas por el equipo del Proyecto Eresma Arqueológico, han revelado la existencia de una especie de cista circular dispuesta en el costado del monumento. En su interior se hallaron centenares de restos esqueléticos que posiblemente fueran trasladados desde la cámara funeraria.

Las investigaciones de los últimos años, en el seno de este proyecto, revelan la existencia de siete nuevos promontorios en el entorno de Santa Inés (Martín Vela y Municio, 2022), entre los que sobresalen los de Asomada I (fig. 5) y Malcalzada II y III. Sobre el primero de ellos se ha realizado una prospección geofísica cuyos resultados son bastante prometedores, ya que se ha detectado bajo el túmulo la huella de una cavidad/galería que discurre en dirección E-O, además de otras posibles estructuras constructivas.



Fig. 5. Puesta del sol en el dolmen de Asomada I (Bernardos, Segovia)

Como se puede advertir, estamos ante un campo de túmulos localizado en el municipio de Bernardos, pero existen grandes posibilidades de encontrar nuevos emplazamientos en zonas no muy alejadas de la campiña. El paraje de Peña Carrasquilla, en Carbonero el Mayor, goza de una potencialidad especial por el fácil acceso a la materia prima para construir dólmenes y por la presencia de excelentes grabados de figuras antropomorfas, escaleriformes y trazos verticales, motivos propios del denominado arte esquemático o, como postulan algunos autores, arte vinculado a los megalitos (Bueno y Balbín, 2009). La conjunción de ambas circunstancias -grabados esquemáticos y proximidad de un campo tumular- permite inferir el descubrimiento de nuevos dólmenes en el territorio, como se intuye en el pago de Peñablanca, en Domingo García, en la vertiente SO del Cerro de San Isidro. Allí se han detectado los restos de un promontorio rodeado de una especie de anillo peristáltico a modo de encachado pétreo, en cuyo centro se advierte una frondosa encina que hunde sus raíces en una depresión -¿la cámara funeraria?-.

El complemento a este campo tumular de Bernardos lo constituye el recientemente descubierto crómlech de Cantos Blancos (fig. 6). Se trata del primer yacimiento de estas características detectado en toda la comunidad de Castilla y León. Estamos ante un enclave de una importancia capital para el conocimiento de los lugares de agregación, contruidos por las sociedades neolíticas en torno al V milenio antes de Cristo. Las dos campañas arqueológicas realizadas hasta la fecha revelan una meditada disposición de menhires de cuarzo que forman alineamientos y recintos de planta cuadrangular, rectangular, circular y ovalada. Al pie de algunos menhires, se ha recuperado un conjunto de materiales arqueológicos idénticos a los documentados en el cercano dolmen de Santa Inés: fragmentos cerámicos elaborados a mano, además de otros objetos tallados en pizarra como puntas de flecha, fichas y placas con escotaduras semicirculares en alguno de sus flancos, que llegan a configurar toscos filos serrados

La disposición de Cantos Blancos en el hombro del valle del Eresma – la autopista de la prehistoria- y en la confluencia con otra fuente de agua - el arroyo de Santa Inés- no parece casual, como tampoco lo es que, de nuevo, algún alineamiento de menhires esté orientado al pico de Peñalara.

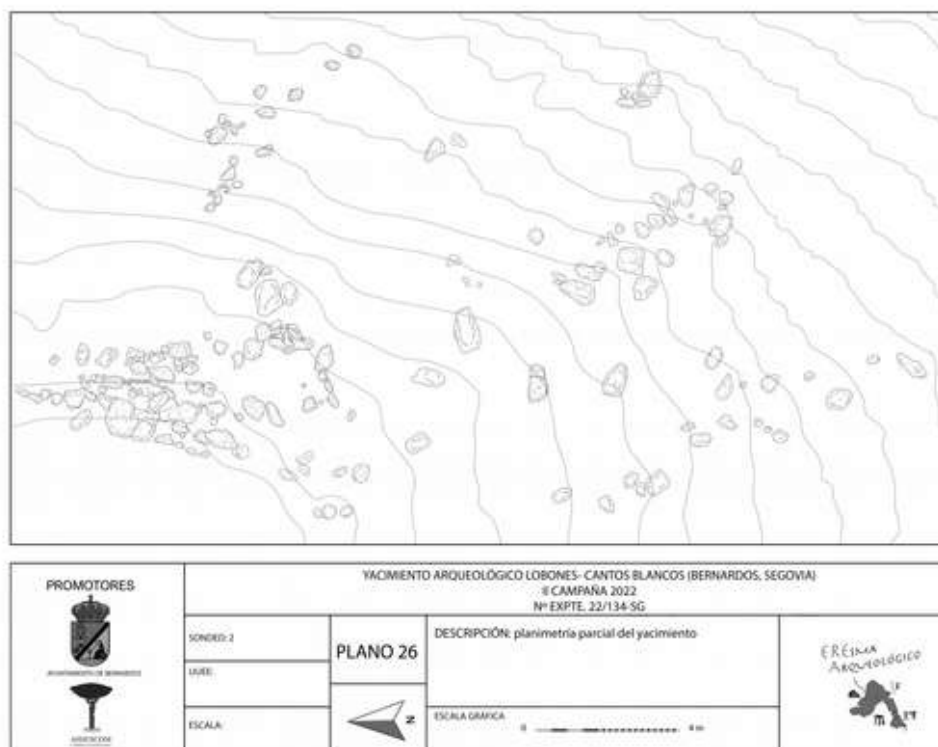


Fig. 6. Planimetría parcial del crómlech de Cantos Blancos en Bernardos

Se intuye que Cantos Blancos es el resultado de una acumulación de diferentes fases constructivas realizadas a lo largo del tiempo por parte de las comunidades neolíticas que vivieron en el entorno. Esta concatenación de episodios se ha advertido en el crómlech de Los Almendros, en Évora, un complejo recinto megalítico formado por la yuxtaposición de dos crómlech y cuya evolución se ha dividido en tres fases, desde el Neolítico Antiguo-Medio -Almendros I y II-, hasta el Neolítico Final -Almendros III- (Gomes, 1997). Durante el periodo posterior -el Calcolítico- hay indicios de que algunos de los menhires habrían sido deliberadamente destruidos o derribados (Gomes, 1994). La interpretación sobre este aspecto es que con la Edad del Cobre llegan importantes cambios tecnológicos y sociales, pero también ideológicos, que chocan con el primigenio significado del crómlech. En nuestro caso, se observa que la mayoría de los menhires están

caídos sobre uno de sus costados. Actualmente, con los datos disponibles, no podemos aseverar que sea fruto de una destrucción o condena, como sí se documenta en el dolmen de Santa Inés, si bien, no es una opción que debamos rechazar de plano.

4. Conclusiones: tumbas, hitos territoriales y ¿templos?

El significado de los monumentos megalíticos, aquí descritos, trasciende más allá de lo meramente funcional. Es decir, no cabe duda alguna de que los dólmenes fueron concebidos y erigidos por una comunidad para inhumar y honrar a sus seres queridos. No obstante, también funcionaron como demarcadores espaciales en un periodo de la prehistoria en el que la única forma de reivindicar la posesión y/o explotación de un territorio era señalizando el paisaje con la tumba de los ancestros. Detrás del dolmen se percibe un mensaje evocador que advertía al foráneo de que las tierras de labor, las fuentes y los pastos que alimentaban al ganado ya tenían dueño desde hacía generaciones. No es de extrañar, por ejemplo, que un importante conjunto de dólmenes presentes en la Lora burgalesa esté ubicado en las zonas más aptas para el desarrollo de una incipiente agricultura (Moreno Gallo, 2004). Una buena manera de justificar la propiedad era mediante la construcción de una gran tumba, cuanto más grande y voluminosa mejor, lo que implicaba la capacidad de convocatoria de las comunidades locales a la hora de reunir a un número considerable de brazos en su construcción y, si fuera preciso, usar la misma fuerza de trabajo en la defensa de sus intereses territoriales. Por lo tanto, fueron sepulcros, demarcadores territoriales, pero también lugares de referencia y encuentro para las sociedades neolíticas. Al igual que durante la Edad Media la parroquia era el centro de la vida espiritual y social de una comunidad aldeana, los dólmenes también tuvieron un papel agregador. Como hemos visto, la orientación de los corredores hacia una determinada posición respecto a la salida del sol en los meses de otoño e invierno indica que, al menos, en aquellos meses fueron espacios visitados para celebrar algún tipo de ritual.

Por su parte, Cantos Blancos sigue siendo una incógnita en lo que respecta al uso y función asignados por sus alarifes. Los trabajos acometidos indican que no fue un lugar de habitación. No encontramos una secuencia que permita determinar que allí se estableció una comunidad. Más bien, las

evidencias disponibles por el momento, señalan que su uso fue esporádico y puntual, quizás en breves episodios a lo largo del tiempo que no han dejado una potente huella estratigráfica, como sí ocurre en la antes citada cueva de La Vaquera. De ahí el interrogante que intitula este apartado: ¿fueron templos?

Detrás del esfuerzo empleado seleccionando, acarreando, retallando y colocando los menhires de albo cuarzo, subyace una intencionalidad que excede los límites de una simple arquitectura megalítica. En Cantos Blancos se advierte que fue un lugar escogido a conciencia en un sector del territorio favorable al establecimiento de lugares de culto y reunión (Martín Vela y Municio, 2022), que se complementa con otras construcciones de carácter funerario destinadas a honrar a los antepasados. Ambos casos, dolmen y crómlech, están lanzando un mensaje concreto. Nuestra labor como arqueólogos nos obliga a seguir indagando en la búsqueda de respuestas que, tarde o temprano, verán la luz.

Raúl Martín Vela

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ ALONSO, D.; DE ANDRÉS HERRERO, M. (2019): “Las primeras ocupaciones humanas en Segovia: el Paleolítico Inferior y Medio”. *Historia de Segovia, tomo I: La Gea – La Prehistoria – La Protohistoria*. Diputación de Segovia-Real Academia de Historia y Arte de San Quirce. Segovia: 159-229.

BRADLEY, R. (1993): *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*, Society of Antiquaries of Scotland, Monographs Series, number 8, Edinburgh.

BUENO, P.; BALBÍN, R. DE (2009): “Marcadores gráficos y territorios tradicionales en la Prehistoria de la Península Ibérica”. *CPAG*, 19: 65100.

CACHO, C; RIPOLL, S. (2007): *La Peña de Estebanvela (Estebanvela-Ayllón, Segovia). Grupos Magdalenenses en el sur del Duero*. Arqueología en Castilla y León 17. Valladolid.

- CALLEJA GUIJARRO, T. (1986): “Probable estación megalítica en La Cuesta (Segovia)”. *Boletín de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología*, 22: 9-14.
- CORCHÓN, M^a. S. (coord.) (1997): *La cueva de La Griega de Pedraza (Segovia)*. Arqueología en Castilla y León 3. Zamora.
- CHAMBON P. (1995): “L'ossuaire du Néolithique récent à Berry-au-Bac (Aisne): une structure post-funéraire”, *Revue archéologique de Picardie*, 1995, 1-2: 61-68.
- DELIBES DE CASTRO, G. (2010): “La investigación de las sepulturas colectivas monumentales del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte española. Horizonte 2007”. En J. Fernández Eraso, J. A. Mujika Alustiza (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. Munibe, Suplemento, 32: 12-56.
- DELIBES DE CASTRO, G.; PALOMINO, A.; ROJO, M.; ZAPATERO, P. (1992): “Estado actual de la investigación sobre el megalitismo en la Submeseta Norte”, *Arqueología*, 22: 9-20.
- ESTREMERÁ PORTELA, M.^a S. (2003): *Primeros agricultores y ganaderos en la Meseta Norte: el Neolítico de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 11, Valladolid.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M.; MOURE ROMANILLO, A. (1975): “Abrigo de Verdelpino (Cuenca). Nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica”. *N.A.H.*, 3: 191-242.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. (1980): “Los materiales de la cueva del Aire de Patones (Madrid)”. *N.A.H.*, 10: 39-64.
- GIL-MERINO RUBIO, R.; MORENO GALLO M.; DELIBES DE CASTRO, G.; VILLALOBOS GARCÍA, R. (2018): “Luz para ver y ser vista: los efectos de la iluminación solar durante el solsticio de invierno en los dólmenes de corredor de la provincia de Burgos”. *Munibe, Antropología-Arkeología*, 69. Donostia: 157-175.
- GOMES, M. V. (1994): “Menires e cromeleques no complexo cultural megalítico português. Trabalhos recentes e estado da questão”. En *Actas do seminário “O Megalitismo no Centro de Portugal”*: 317-342.
- (1997): “Cromeleque dos Almendres. Um dos primeiros grandes monumentos públicos da Humanidade”. En P. Sarantopoulos (coord.), *Paisagens Arqueológicas a Oeste de Évora*. CâmaraMunicipal de Évora: 25-34.
- GOZALO QUINTANILLA, F. (1970): “Arte rupestre en la provincia de Segovia”. *Revista Ejército* 370: 5-9.

Tumbas y templos en el valle del Eresma

HOSKIN, M. (2001): *Tombs, Temples and Their Orientations. A New Perspective on Mediterranean Prehistory*. Ocarina Books. Bognor Regis.

JAGU, D.; MASSET, C. (2016): “Biographies mégalithiques: fermetures partielles, fermetures complètes, condamnations, doubles condamnations”. *BSAA Arqueología*, LXXXII, 2016: 9-33.

LECLERC, J. (1999): “Un phénomène associé au mégalithisme: les sépultures collectives”, en J. Guilaine (dir.) *Mégalithismes de l’Atlantique à l’Ethiopie, Collection des Hespérides, Errance*, París: 23-40.

LECLERC J.; MASSET, C. (1980): Construction, remaniements et condamnation d’une sépulture collective néolithique : La Chaussée-Tirancourt (Somme), *Bulletin de la Société préhistorique française*, 1980, 77, 2: 57-64.

LUCAS PELLICER, M^a. R. (1973): “Grabados rupestres en Domingo García”. *XIII Congres Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 257-266.

KUNST, M.; ROJO GUERRA, M. (1999): “La Lámpara y la Peña de La Abuela: propuesta secuencial del Neolítico en el ámbito funerario”. *SAGVNTVM Extra*, 2: 503-512.

MARTÍN, E.; MOURE, J. A. (1981): “El grabado de estilo Paleolítico de Domingo García (Segovia)”. *Trabajos de Prehistoria* 38: 97-108.

MARTÍN VELA, R.; DELIBES DE CASTRO, G.; MUNICIO GONZÁLEZ, L. (2021): “Megalitos al norte de la sierra de Guadarrama: primicias de la excavación del dolmen de Santa Inés en Bernardos (Segovia)”. *CuPAUAM*, 47 (2): 11-38.

MARTÍN VELA, R.; MUNICIO GONZÁLEZ, L. (2022): “Territorio megalítico en el noroccidente de la provincia de Segovia”. *Oppidum: cuadernos de investigación*, (18), 7-37.

MOLINERO, A. (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*. Excavaciones Arqueológicas en España, 72, Madrid.

MORENO GALLO, M. (2004): *Megalitismo y Geografía. Análisis de los factores de localización espacial de los dólmenes de la provincia de Burgos*. Studia Archaeologica, 93. Universidad de Valladolid. Valladolid.

MUNICIO GONZÁLEZ, L. (2019): “El Paleolítico Superior”. En *Historia de Segovia, tomo I: La Gea – La Prehistoria – La Protohistoria*. Diputación de Segovia-Real Academia de Historia y Arte de San Quirce. Segovia: 233-260.

- (2019): “Epipaleolítico, Mesolítico y Neolítico”. En *Historia de Segovia, tomo I. La Gea – La Prehistoria – La Protohistoria*, Diputación de Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce. Segovia: 285-328.

RIPOLL, S.; MUNICIO, L. (1999): *Domingo García. Arte rupestre al aire libre en la meseta castellana*. Arqueología en Castilla y León 17, Salamanca.

ROJO GUERRA, M. A.; GARRIDO PENA, R.; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN (coords.) (2019): *El Neolítico en la península ibérica y su contexto europeo*. Cátedra. Madrid.

SCARRE, C. (2008): “Nuevos enfoques para el estudio de los monumentos megalíticos de Europa Occidental”. *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 67: 24-33.

VERGES, J.M. *et alii* (2008): “Los niveles neolíticos de la cueva de El Mirador (Sierra de Atapuerca, Burgos): nuevos datos sobre la implantación y el desarrollo de la economía agropecuaria en la submeseta norte”. En M. Hernández, J. A. Soler y J. A. López (eds.): *IV Congreso del Neolítico Peninsular*: 418-427.

ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones de la Cueva de la Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)*. Diputación Provincial de Segovia.